



LA ALPUJARRA: EL PARAÍSO FRUSTRADO

A la mujer alpujarreña

Para los creyentes, y para los no creyentes también, fue Dios el que creó el mundo, mediante un simple acto de su voluntad (volitivo dicen los cursís). La Biblia nos cuenta que se lo tomó con calma porque, en tal trabajo, invirtió nada menos que seis días, que no se refieren para nada al tiempo en el que el planeta Tierra tarda en dar una vuelta sobre su eje, porque son unos espacios de tiempo que hoy desconocemos por completo. Y, según la Biblia, lo primero que hizo fue crear al ser humano, varón y varona, hombre y mujer, como ahora decimos, que habrían de cumplir con las funciones que Él les adjudicó, para perpetuar la especie humana. De inmediato les señaló

un lugar donde habrían de crecer y multiplicarse. No recuerdo cómo, ni por qué razón, yo supe que Dios quiso colocar El Paraíso Terrenal en las estribaciones de una sierra que solía tener nieve y aire, llamada primero Sulayr y, después, Sierra Nevada (no sonrían ustedes, por favor, y, menos aún, irónicamente, se lo pido de nuevo por favor, porque mis informes son fehacientes, aunque ya no recuerde, al cabo de muchos años, quién me los transmitió). Esta sierra, ¡quién lo diría!, rodeada de valles profundos, de montañas encrestadas, con frecuencia cubiertas de nieve; con ríos de aguas puras y cristalinas y arrulladoras cascadas de murmullos cantarinos, ¡hasta ferruginosas algunas!, eran como una especie de telescopio inmenso que les mostraba y les muestra a sus moradores sus bellezas propias y naturales, la belleza del día azulado e inmenso y de la noche oscura y eterna, salpicada por miles de chispeantes estrellas que, cual taimadas celestinas, les ofrecían y les ofrecen su discreta complicidad para que se amen hasta la saturación. Pero Dios, a pesar de su inmenso poder, tropezó con un obstáculo insalvable: y es que esta tierra, El Primer Paraíso Terrenal, al que luego alguien le daría el nombre intraducible de ALPUJARRA, carecía de espacio suficiente para acoger todo lo que Dios quería colocar en él. Y como Dios siempre tiene recursos para todo, aunque no tantos como los políticos, desde su suprema sabiduría, se dejó en esta tierra a Adán y a Eva, sus obras más perfectas, y se llevó todo lo demás para otro sitio; ¡todo, todo y todo!, lo juro... ¡Ah, bueno!, con perdón: todo, menos los políticos, y se dejó en La Alpujarra a una mujer de deslumbrante belleza que alegraba la vida de Adán, que bendecía las aguas de sus ríos, se bañaba en los

embalses de sus azudas y se paseaba feliz y sonriente entre los castañares y hayedos que bajaban escalonados de los laderos de las sierra. Eva, la primera sílfide alpujarreña, mecía su enorme belleza en edénicos paseos entre los encinares y castañares, mientras escuchaba a las palomas torcaces, a los ruiseñores y los jilgueros que le ofrecían sus mejores conciertos, en los días de calor, en tanto sus parejas se bañaban, con ella, en los remansos de los manantiales serranos, ferruginosos algunos. ¡No lo olviden!, que todo hay que decirlo: Eva vivía feliz y enamorada, a pesar de que su marido era un verdadero Adán que se dedicaba a cultivar su viña y a producir un vino sublime; también labraba sus acebuches, sus almendros y algún que otro pegujal de cereales y de legumbres.

Creo que Cristóbal Colón no trajo semilla de papas (¡No lo pregunen por ahí, por favor!), porque se ignoraba entonces si La Reina Isabel tendría o no tendría dinero para costearle el viaje a América y tampoco se sabía si él y sus carabelas podrían escalar Los Andes y subir al Machu-Pichu, porque se dudaba de que él y sus carabelas pudieran escalar Los Andes. Como en ningún libro conocido, contemporáneo de La Biblia, escrita en papiros, se dice si Colón llevaría o no el dinero necesario para comprar las papas de copo de nieve, basándome en La Historia más verídica, puedo asegurar que Cristóbal Colón nunca escaló nada... , porque su imagen siempre voló por encima de cualquier escollo de LA HISTORIA...

Quiero que quede constancia y pido por favor, antes de continuar mi alterado camino, de charco en charco... ¡político...! que quede claro que todo lo que aseguro, todo esto, se halla rigurosa y fielmente

documentado y que, el que quiera de rollos e invenciones, ipues nada!, que enchufe la tele. Y sigo con La Alpujarra:

La Alpujarra era ya, iy hasta Díos lo sabe!, UN PARAÍSO, frustrado en parte porque, aunque Él se llevó a Caín y a Abel a otro sitio y en La Alpujarra impidió que se plantara ni un esqueje de manzana (la réineta algo era la más volumínosa y la que le costaría más trabajo morder a la serpiente y, en consecuencia, le sería más difícil tentar a Eva)...

Díos se llevó El Paraíso Terrenal a un sitio que nadie conoce y que es difícil de suponer, tanto que los demás hombres (idescendientes de Caín!) están siempre de guerras, peleándose porque todos ansían poseer ese Paraíso, que algún día, cuando estén en paz con su conciencia, hallarán en sí mismos, y es por ello, por sus ambiciones desmedidas, por lo que lo transforman en un infierno...

Pero La Alpujarra, con políticos (lo que yo no dudo) o sin políticos (lo que no creo firmemente), siguió siendo UN PARAÍSO FRUSTRADO, que mantenía y mantiene los valores personales de los alpujarreños, hombre y mujer, como principal patrimonio... y el castaño y las nieves de la sierra y el horizonte azul del Mare Nostrum y sus caminos y carreteras escarpados...

En La Alpujarra vivieron pastores trashumantes hasta no hace muchos años, en La Alpujarra vivieron labradores emigrantes y fue en donde hubo miles de cortijos serranos, hoy todos en ruínas, y en donde se respiraba la paz y la belleza de una tierra grandiosa, de

aíres limpios y transparentes. Fue y es en La alpujarra, donde cualquier perspectiva es la más bella postal que se pueda admirar, entre paratas labradas y frondosas y exuberantes viñas que se aferran a los laderos, en donde, luchando con La Naturaleza y luchando por la vida, vivían unas personas habitualmente frugales, trabajadoras y ahorradoras, en familias unidas con acerados lazos afectivos, donde la mujer, la matriarca, cumplía con las muchas obligaciones y servidumbres que la vida y la Naturaleza habían concentrado en ella, en su cuerpo y en su mente, con esa soltura y elegancia que las mentes limpias y los corazones fuertes son capaces de mostrar en la vida. Porque Dios y La Naturaleza le dieron a la mujer unas servidumbres que la engrandecen y la elevan a unos lugares insospechados, por lo sublimes, porque LA MUJER, hay que reconocerlo con naturalidad, y el que no lo reconozca es tonto, o un malaje, que sería peor, es el ser más complejo, más perfecto y más bello que HAY EN LA NATURALEZA y La Naturaleza ha depositado en ella unas gracias que nadie alcanzará jamás, en ningún sitio; la mujer es LA PUERTA DE LA VIDA, pues todas las personas nacemos de una mujer y a través de ella, y luego, cuando han parido, (aunque todavía no tengan hospital) cumplen con la función más sublime que existe EN LA NATURALEZA, como es la maternidad: paren y, aunque La Alpujarra carezca todavía de hospital, repito, y la carretera ya no entre en El Padul, los amamantan, los crían y los alimentan y educan hasta donde sus posibilidades alcanzan, intentando que sean felices y que los superen a ellos en la vida, a ellos, a los dos, los padres, que son los que se la han dado.

Yo recuerdo con enorme satisfacción, de cuando, en mi juventud, anduve de maestro por La Alpujarra, algunos hechos grandiosos de algunas madres, que no voy a referir porque los tengo destinados a mi obra, apenas empezada y a la espera de que me cambien los vientos, "Mis Recuerdos de La Alpujarra".

De cualquier forma, quiero recordar que la vida en La Alpujarra habría sido imposible sin las supremas cualidades domésticas de la mujer alpujarreña, a la que le dedico esta historieta. Sí les pido que recuerden que La Alpujarra, gracias a los políticos, sigue siendo UN PARAÍSO FRUSTRADO.

Leonardo V. Villena. 74.547.696-G